

dad y de santidad. «Nos hemos limitado a algunos momentos de esta vida sin ocultar las evoluciones y cambios de orientación. Estos cambios tienen siempre su origen en un movimiento interior o en un impulso profundo suscitando un vivo deseo que se convierte en deber» (p. 9).

Este fijarse en los momentos significativos de su vida y el uso de pasajes íntimos de los escritos de Foucauld —principalmente de su correspondencia con el P. Huvelin— nos permite conocerle desde su mundo interior. Sin duda esta visión depende mucho del punto de vista propio de Chatelard, pero está avalada por su profundo conocimiento del Hermano Carlos y de su experiencia. Se pone muy bien de relieve la particular personalidad de Foucauld, que podemos tildar de excepcional. Tanto su personalidad como su vocación lo llevan a explorar el desierto de Marruecos y peregrinar a Tierra Santa, a vivir en Akbès, en Nazaret, en Benni-Abbés, Hoggar y finalmente en Tamanrasset.

El objetivo que dirige su vida a partir de la conversión es el deseo apasionado de imitar a Cristo. Además, vamos comprobando cómo todo el itinerario de su vida y su vocación (trapense, ermitaño, sacerdote) está marcado por una visión peculiar del misterio de Jesucristo. En concreto por su forma de entender la vida *escondida* de Jesús en Nazaret. «Si hay una palabra que pueda expresar su mensaje es ese nombre de Nazaret, con todo lo que contiene de realismo histórico, de enseñanza teológica y de ideal místico. Es una llamada a vivir un amor apasionado por la persona de Jesús en las situaciones más ordinarias de la vida de los hombres, y en las más extraordinarias, a ejemplo del mismo Jesús» (p. 304).

Pero, ¿desde qué perspectiva entiende Foucauld la vida oculta de Cristo? «Dios vivió treinta años en ese pueblo de Nazaret sin que nadie lo reconociese: ¡qué vida tan escondida!, ¡qué vida tan oscura!, ¡qué abajamiento!» (p. 274). Jesucristo «en toda su vida, hasta su muerte, sigue siendo Jesús de Nazaret. El hermano Carlos ha dado valor a este aspecto insistiendo sobre la oscuridad, el *incógnito* del Verbo Encarnado, que durante los treinta años de Nazaret fue a los ojos de todos uno de tantos. Lo oculto de su vida era su relación única con el Padre, su ser divino, es decir, lo esencial» (p. 286). La palabra «oscuridad», tal como la contempla en la vida de Cristo, está «en el centro de su carisma» (p. 279), como un aspecto de su vocación personal que le diferencia de otras vocaciones. El Hermano Carlos, a través de una vida escondida, de amor a Dios y al prójimo, en un medio no-cristiano, pretende conseguir la conversión de los que le rodean. Más a través del ejemplo de caridad que por la palabra. De ahí que pueda describirse como una «nueva especie de monje en misión especial» (pp. 273-290).

En definitiva, nos encontramos con una buena biografía de Carlos de Foucauld, beatificado en 2005, que permite introducirnos en su experiencia interior y en la comprensión de su mensaje particular.

Pablo Marti

**John Henry NEWMAN**, *Sermones parroquiales*, vols. 1 y 2, Encuentro, Madrid 2007, 321 pp. (vol. 1) y 356 pp. (vol. 2), 15 x 23, ISBN 978-84-7490-238-9 (vol. 1) y 978-84-7490-885-5 (vol. 2).

John Henry Newman predicó, entre 1824 y 1843, más de 600 sermones anglicanos: en 1845 sería recibido ofi-

cialmente en la Iglesia católica. Muchos de estos sermones se perdieron, pero muchos otros fueron publicados, en diversas ocasiones, ya desde 1834. En 1868, siendo Newman sacerdote católico, uno de sus amigos, el anglicano William Copeland, hizo una colectánea de ocho tomos que tituló *Parochial and Plain Sermons*, cuya publicación gozó ya desde el principio de un gran éxito. Los volúmenes que ahora publica Ediciones Encuentro son una traducción al castellano de esta colección.

El primero está compuesto por 26 sermones, predicados entre 1826 y 1833, cuyo hilo conductor, en expresión de los traductores, es la apremiante llamada a la vida cristiana, y que tiene como punto de partida esta afirmación: sin santidad no hay felicidad eterna. El contenido es muy variado, pero sus líneas más destacadas se pueden exponer con unas palabras de la introducción: «Es el Newman que tiene un alto sentido de la dignidad de su oficio de pastor de almas (...). Es el que ha dejado atrás su primitiva creencia en la conversión y ha aceptado la regeneración por medio del Bautismo; el que va situando la presencia real de Cristo en la Eucaristía como misterio supremo en la vida espiritual, el que habla de la divinidad de Cristo Mediador, el que entiende la Iglesia como el Reino de Cristo en la tierra que intercede y salva a los hombres» (p. 25, vol. 1). El camino de santidad que se describe poco a poco en estos sermones es el siguiente: «docilidad a la conciencia, la fe, la lectura de la Escritura, la obediencia a Dios y a la Iglesia, la participación en la liturgia, la oración pública y privada; y, recorriéndolo todo, la sinceridad, la autenticidad, el compromiso con la *realidad* de Dios, el “ir en serio” hacia la “santidad, sin la cual nadie puede ver a Dios”, con cabeza, corazón, conducta y palabras» (*ibidem*).

El segundo volumen está compuesto por 32 sermones, predicados entre 1830 y 1835, sobre las fiestas del año litúrgico: desde San Andrés hasta Todos los Santos. En ellos, Newman vuelve a exponer de una forma exigente y brillante la doctrina cristiana: «Los cristianos del siglo XXI nos admiramos también al ver cómo, en uno de estos sermones, Newman nos devuelve a lo esencial cristiano al ofrecernos un espléndido recorrido por el paulatino nacimiento de los Símbolos de la Fe, partiendo de textos teológicamente cardinales del Nuevo Testamento. Y en otro, nos deja suspensos descubrir tanta piedad mariana en un anglicano, o su manera de hacer desembocar el trato con el Espíritu Santo en una especie de infancia espiritual. (...) Newman advierte a sus contemporáneos del engaño de un cristianismo inmanente que no reconoce exigencias externas al individuo, una religión a la medida de la razón y el sentimiento humanos, que en realidad olvida a Cristo» (p. 16, vol. 2).

Realmente llama la atención la frescura de la pluma del futuro cardenal católico, la agudeza y profundidad de sus palabras, y al mismo tiempo la sencillez con que escribe y la actualidad de los temas que trata. Como ya queda dicho, una de los temas favoritos de Newman es el de la sinceridad a la hora de vivir la religión cristiana, dejándose guiar por la conciencia, sin intención de «crearse» una religión a la medida. En estos sermones se conjugan, sin estruendo, afirmaciones teológicas de gran calado con consejos pastorales de todo tipo. Es fácil entrar en sintonía con sus palabras, siempre familiares y cercanas. También conmueve su gran devoción por las Escrituras y por los Padres de la Iglesia, su insistencia en la verdad y en la fidelidad al depósito recibido y a la Iglesia; sus exposiciones son positivas y están llenas

de esperanza, aun en medio del nacimiento, en aquellos tiempos, de una abierta irreligiosidad. Los sermones parten de algún pasaje de la Escritura, al que poco a poco se va dando vueltas hasta sacar de él su riqueza, incluidas las implicaciones personales. En los desarrollos se descubre con facilidad a un Newman que va camino de desembocar en el catolicismo. Desde el punto de vista del ecumenismo, la lectura de estas páginas nos reconforta al constatar su gran respeto por el catolicismo y su amor por la Iglesia.

No podemos dejar de valorar como muy positiva la traducción al castellano de estos sermones. Esta labor está aún siendo llevada a cabo de una forma excelente por Víctor García Ruiz y sus colaboradores. La lectura detenida de estas páginas será de gran utilidad para todos. En ellas, de un modo muy particular, los cristianos con deseos de mejorar sus vidas, de profundizar y fortalecer su fe, encontrarán un auténtico caudal de ideas.

Juan Luis Caballero